

La verdadera historia de George Hogg

*Si volviera a Inglaterra no podría vivir y trabajar
con los trabajadores más pobres.*

Me rechazarían diciendo que soy de clase alta.

George Hogg, extracto de una carta citada en *Fruition*¹

George Hogg fue un hombre sorprendente cuya corta vida fue tan dramática como emocionante, y, por tanto, llama la atención lo poco que se ha escrito sobre su figura. Esto quizá pueda explicarse analizando varios elementos que pueden haber contribuido a relegarle al olvido. El primer dato es la fecha y el lugar de su muerte: el 22 de julio de 1945, en una remota zona de China. Para cuando la noticia de su muerte llegó al mundo exterior, los periódicos se centraban en la bomba atómica y la rendición de Japón. En segundo lugar, China vivió una renovada guerra civil entre nacionalistas y comunistas. Los que anteriormente se interesaron por el movimiento de las cooperativas chinas, el primer y principal compromiso de Hogg con el país, pronto se distanciaron del movimiento cuando la China comunista se convirtió primero en una realidad y luego en una fuerza enemiga. El amigo y colega de Hogg, Rewi Alley, escribió una biografía de George Hogg, publicada en Nueva Zelanda en 1967. En Nueva Zelanda, Rewi Alley sigue manteniendo su estatus de héroe humanitario, pero los estadounidenses le consideran un personaje demasiado rojo y se ha convertido en uno de esos héroes ambiguos, como Norman Bethune, cuya asociación con los chinos comunistas les convirtieron en héroes para la izquierda pero personajes poco mediáticos para los biógrafos, novelistas o realizadores estadounidenses o británicos. En tercer y último lugar, el propio George Hogg legó todas sus pertenencias, incluso su documentación, al colegio de Shandan, un lugar al que los extranjeros tuvieron prohibido el acceso mucho después de la Revolución y que sigue siendo bastante inaccesible hoy en día.

¹ *Fruition; the story of George Alwin Hogg*. Christchurch (Nueva Zelanda): Impreso por Caxton Press, 1967. La familia de GH escribió mal su segundo nombre 'Aylwin'.

He leído la biografía de George Hogg escrita por Alley², tras encontrar una copia en un almacén de la biblioteca de la Universidad de Berkeley. También he leído los dos tomos de la autobiografía de su tía, Muriel Lester, una pacifista mundialmente conocida en su día. He investigado el censo de Londres, me he puesto en contacto con su facultad de Oxford, y debo de haber leído todo lo que se ha publicado sobre él en Internet. Su muerte no mereció un obituario en el New York Times ni en The Times de Londres. Hay mucho que no sé sobre George Hogg. Las fechas utilizadas no son del todo fiables, dado que difieren según la fuente utilizada. Tanto Rewi Alley como Muriel Lester, mis principales fuentes aparte del propio libro de Hogg y de sus cartas, tenían ideologías políticas y filosóficas fuertes, y ambos han perfilado la persona que les hubiera gustado que fuera George Hogg. Lo que se presenta a continuación es la compilación más sencilla de la información que he podido recoger.

000

² *Ibid*

En marzo de 1938, George Hogg llegó en barco a Shangai. Iba a visitar brevemente la zona antes de partir hacia la India... pero acabó viviendo en China hasta su muerte siete años más tarde.

Cuando se marchó de Inglaterra a finales de otoño de 1937 tenía veintitrés años. Acaba de licenciarse de Oxford y su tía Muriel –la hermana pequeña de su madre– le había invitado a acompañarle en un viaje por el Lejano Oriente. Muriel Lester, que entonces tenía cincuenta y cuatro años, se autodenominaba “una embajadora de la reconciliación” y una “evangelista de la no violencia y el pacifismo”. Había viajado ya a la India tres veces y era amiga íntima de Gandhi además de firme seguidora de sus principios. El hermano mayor de George, Daniel, acompañó a Muriel en su primer viaje a la India en 1926.

En 1937 Muriel Lester quería viajar de Londres a la India haciendo parada en EEUU y Japón, dando conferencias a grupos pacifistas en las ciudades que visitara por el camino. Cuando George y su tía Muriel llegaron a Nueva York, George se marchó de viaje por Estados Unidos y estuvo haciendo autostop durante varias semanas, de norte a sur y también hacia el oeste. Se reencontró con Muriel en San Francisco desde donde viajaron hacia Japón. Cuando Muriel partió hacia Shangai George se quedó en el país un par de semanas más, estudiando las cooperativas locales. Ella llegó en febrero de 1938. “Se filtraban noticias desde Nanking”, escribió posteriormente (los japoneses entraron en Nanking en diciembre de 1937), “que estaba viviendo los momentos más dramáticos de las seis semanas del reino del terror. (...) En Shangai la situación era peor. La vida era más dura de lo que he visto nunca”. Muriel escribía informes sobre una ciudad desolada que enviaba posteriormente a Inglaterra, y los padres de George respondían con cargamentos de comida y ropa donados por las iglesias inglesas. Más tarde George llegó a Shangai... y su destino quedó sellado para siempre.

Copyright © 2014
by Muriel Lester

Muriel Lester

“George no llevaría más de cinco días conmigo en China cuando me dijo, ‘Lo siento pero no podré acompañarte a la India. No puedo marcharme de China’.

“Quería empaparse de China, conocer la China real. Para ello debía llegar a una China libre. Tenía que buscarse un trabajo, aprender el idioma y vivir con un sueldo pobre, al estilo chino. Consiguió hacer todo eso y mucho más. Fue encarcelado por los japoneses, fue puesto en libertad, y tras vivir los bombardeos, descubrió que no sentía miedo si no rabia. Se montó en un caballo y cabalgó hacia el oeste. (...) Llegó a la base comunista. Muy a su pesar, los hospitalarios comunistas le alojaron en una casa y no en una de sus eficientes y organizadas cuevas. Pero pronto enfermó de tifus y tuvo que ser trasladado a un hospital-cueva.

“Luego se unió a las Cooperativas Industriales Chinas. George e Indusco [otra designación de las CIC] se entendían. Existen muchas referencias a su trabajo en los libros. Los artículos de George fueron publicados en el Manchester Guardian y en el suplemento literario de The Times. Varios de sus amigos dividieron el libro en varias partes y consiguieron sacarlo clandestinamente del país. (...)

“George fue nombrado al poco tiempo director de una de las escuelas Baillie, que acogía a chicos de diferentes zonas de China –muchos de los cuales eran refugiados– para convertirlos en personas autosuficientes pero plenamente cooperativas. La educación se centraba en enseñarles a trabajar con sus compañeros sin importarles su clase social, religión o raza”.³

El hecho de que George Hogg se quedara en China, y eligiera lanzarse a una vida llena de peligro, esfuerzo físico y arduo trabajo –y que saliera airoso de todo ello sin perder el buen humor– da muestras de que ya era un joven excepcional cuando llegó a China. Hay poca información sobre su vida anterior, pero la documentación sí nos permite deducir que era un chico al que se le exigía mucho –de hecho él era muy exigente consigo mismo.

Nació en las afueras de Londres en 1914 siendo el más pequeño de seis hijos, eran cuatro chicos y dos chicas. Su padre tenía una sastrería de categoría cerca de Saville Row. Su madre, Kathleen Lester, hija de un acaudalado armador,

³ *It So Happened* por Muriel Lester Harper & Brothers, Nueva York 1947 pp 5-6

creció en una familia cariñosa y grande, con todas las comodidades de la clase media, en Gainsborough Lodge, Gainsborough Road, Leytonstone, Essex.

La familia Lester era un tanto inusual. Primeramente porque eran baptistas que procedían de la tradición de protestantes que ejercían su religión fuera de la iglesia anglicana y que tenían mucho poder sobre los sectores de la educación y la filantropía –sobre todo con la aparición del capitalismo industrial. Los Lester fueron cristianos devotos y toda la familia realizaba labores benéficas hasta bien entrada la generación de George. Las dos hermanas menores de la madre de George, Muriel y Doris, utilizaron su herencia para fundar una casa de ayuda en el East End londinense, a imagen y semejanza de la casa de ayuda que Jane Addams montó en Chicago. Conocido como Kingsley Hall, logró sus objetivos y fue un establecimiento muy influyente. Durante la época que trabajó allí, Muriel también empezó a relacionarse con el movimiento pacifista cristiano y acabó viajando por el mundo dando charlas y organizando eventos sobre la paz mundial. (Según uno de sus biógrafos, fue candidata al premio Nóbel en dos ocasiones.)

A los Lester también les gustaba mucho viajar. Muriel dice que varios meses al año, se marchaba con su familia de clase media británica a pasar una temporada en Monte Carlo. La propia Muriel viajó alrededor del mundo nueve veces en una época en la que no había aviones comerciales; acabó visitando todos los continentes.

Los padres de George –Kathleen y Robert Hogg– compartían los ideales de Muriel sobre la educación. George y su hermana mayor, Rosemary, estudiaron en un colegio en Suiza donde una de las organizaciones de Muriel, la Fellowship of Reconciliation (Hermandad de la Reconciliación), había montado una escuela ‘activa’. George estudió después en St George’s, cerca de Harrow –una escuela fundada por educadores baptistas para preparar a los hijos de familias protestantes para Oxford y Cambridge, universidades a las que estudiantes de dichas familias no pudieron acceder hasta el siglo XIX. St George’s era muy parecido a un colegio privado británico, pero se distinguía por una característica elemental: era mixto.

George Hogg era la estrella del colegio. Era guapo, alto y de constitución atlética, capitán del equipo de rugby, delegado de su clase y, en los últimos años, delegado del colegio. Según uno de sus profesores de bachillerato:

“Siempre vi en él mucho potencial, presentaba grandes cualidades y un gran sentido de la determinación. Era humilde y modesto, y a pesar de ser callado y sencillo, ejercía mucha influencia sobre sus compañeros de clase. Daba gusto observar que, cuando él dejó el colegio, las siguientes generaciones de delegados mostraban rasgos de su personalidad, que habían copiado de él inconscientemente, manteniendo vivo su legado. También se transmitía en su manera de jugar al fútbol, en los

partidos más duros siempre parecía tener algo en la reserva para los momentos más decisivos”.

También fue una estrella de rugby en Oxford. Estudió en Wadham College, la misma facultad a la que habían acudido anteriormente sus tres hermanos. (Uno de ellos fue escritor de viajes, otro traductor jefe de las Naciones Unidas y el tercero, director de otra escuela activa privada en Inglaterra.)

En 1936, el año antes de licenciarse de Oxford, George pasó el verano haciendo autostop por Europa con sus amigos de la facultad. Visitaron Alemania, Hungría, Checoslovaquia, Austria, Rumania y Polonia. Uno de los del grupo siguió hacia Rusia, pero Hogg volvió a Inglaterra, con la cabeza llena de los ominosos ideales políticos centroeuropeos.

George se graduó un año después, con una licenciatura conjunta en Filosofía, Políticas y Económicas, un carrera elegida típicamente por jóvenes que pretendían hacer una carrera como político u ocupar un cargo público. (La carrera se creó en 1920. Bill Clinton, entre otros, estudió la carrera en Oxford). Según su madre (citada en el libro de Rewi Alley), Hogg le dedicó tiempo a pensar a qué quería dedicarse. Era el más pequeño de seis hijos, quienes se habían beneficiado todos de una costosa educación privada. Mientras George le daba vueltas a su futuro, su tía Muriel Lester le invitó a acompañarle en su siguiente viaje a la India.

La tía Muriel tenía por costumbre llevarse a uno de sus sobrinos o sobrinas para que le acompañaran en sus viajes. El hermano mayor de George, Daniel, viajó con ella a la India en 1926, y su sobrina legal, Dorothy Hogg, también viajó con ella al extranjero. George tendría que pagarse el pasaje, y como sus padres no podían ayudarle utilizó una pequeña herencia para costearse el viaje. Decidió ahorrarse el billete de Nueva York a San Francisco haciendo autostop por Estados Unidos, e incluso pasó un par de noches durmiendo en cárceles sureñas –como visitante, no como delincuente. Se reunió finalmente con Muriel en San Francisco y partieron juntos hacia Japón.

Cuando llegaron al país nipón, George aceptó una invitación para estudiar las cooperativas cristianas dirigidas por un doctor japonés, Tohohiko Kagawa (al menos una de las cooperativas médicas de Kagawa sigue existiendo hoy en día) y se quedó en Japón mientras Muriel viajó a China. “Cuando nos reunimos”, escribiría más tarde, “había adquirido un gran conocimiento de las ilustres calidades del carácter japonés antes de ser engullido por el orgullo, desdén y dominio que alienta el imperialismo”.

Muriel llegó a Shangai en febrero de 1938, y George llegaría sobre marzo. La ocupación japonesa de la ciudad –que llegó a ser total, exceptuando los poblados internacionales– empeoraba continuamente la situación: había miles de refugiados, muchos dejaron atrás poblados rurales devastados por las llamas, había escasez, epidemia, y cruentos campos de batalla por toda la

ciudad en la que se habían enfrentado los ejércitos japoneses y chinos. A pesar de que los japoneses censuraban cualquier noticia sobre Nanjing, los rumores y los informes esporádicos hablaban de las atrocidades allí cometidas. Mientras tanto, Muriel visitaba hospitales y campos de refugiados. “Mi tarea”, escribió, “era enviar noticias a casa, pedirles a los jefes de estado que cambiaran su política [de apoyar tácitamente a Japón], y persuadir a las tropas para enviar comida. En el hospital cuidé a soldados que morían no de las heridas, sino de hambre”.

Muriel siguió hasta la India, y volvió a Inglaterra pasando por China – sacó clandestinamente metraje sobre las atrocidades de Nanjing. También se detuvo en Japón, a pesar de que temía que una nueva visita pusiera en peligro sus viejas amistades, “ya que la propaganda describía el incidente chino como sagrado, un intento caballeresco de salvar a China de los comunistas y de los caudillos”. Para su sorpresa de nuevo fue acogida por Kagawa e inició relaciones con otros opositores a los militaristas. Desde Japón llegó a Estados Unidos donde realizó “un largo programa de conferencias”, en las que describió lo que había visto en China, denunció a los industrialistas y a los ‘magnates del petróleo’ que mantenían la máquina bélica japonesa, y animó a las sociedades benéficas a enviar dinero y comida a China. Almorzó en la Casa Blanca con Eleanor Roosevelt, quien le “dio su apoyo”.

A solas en China y con poco dinero, George llegó hasta Hankow, que tomó el relevo como capital en los tiempos de guerra, y logró un puesto como corresponsal para United Press International.

En 1938 Hankow se convirtió en la meca de los periodistas, diplomáticos y radicales políticos. Tras la victoria de Franco en España, Hankow fue la siguiente parada en la ruta de los viajeros que se unían para luchar contra el fascismo. Norman Bethune y Frank Capra, W. H. Auden y



Agnes Smedley

Christopher Isherwood, Earl Browder (líder del partido comunista estadounidense) y Chou En-Lai, Edgar Snow y Joseph Stillwell llegaron a Hankow antes de que cayera también en manos de los japoneses (octubre de 1938). George vivió algún tiempo en casa de Logan Roots, el obispo episcopal de Hankow, conocido a veces como el Obispo Rojo dado su apoyo a la causa comunista. George también vivió con la escritora estadounidense Agnes Smedley, recién llegada de la base de Mao en Yenan (donde

enseñó a los comunistas a bailar el *foxtrot* y tumbó a la entonces esposa de Mao a empujones tras una discusión sobre el flirteo de Mao con la secretaria de Agnes). Agnes patrocinó el viaje de George a Yenan. “Es alta, bastante seca y viste a lo Eton”, escribió la noche antes de partir, “tiene unos 40 años, y es

una ardiente defensora del comunismo, una verdadera revolucionaria”. Viajó a Yenan con un grupo de corresponsales y recurrió a los consejos de Agnes para continuar viajando por la región.

Quizá conociera a Rewi Alley en Hankow en 1938. Alley, un neozelandés que llevaba desde 1927 trabajando para diferentes organizaciones benéficas en China, se había asociado recientemente con Edgar Snow y algunos otros para fundar el Comité para la Promoción de las Cooperativas Industriales Chinas en Shanghai: su objetivo era establecer pequeñas cooperativas de productores en zonas deshabitadas que podrían proporcionar todo tipo de productos, desde furgonetas a mantas para la población tanto militar como civil, y dar también empleo a los refugiados y proporcionar experiencia práctica para jóvenes, promoviendo así el modelo de la cooperativa para la economía china del futuro. El programa comenzó contando con el apoyo tanto de nacionalistas como comunistas. Los chinos conocían a las Cooperativas Industriales Chinas (o CIC) como “Gong He”, o “Gung Ho” como se escribía entonces, una frase que también significaba “Trabajo conjunto”.



Rewi Alley

Alley adaptó la frase y los caracteres para crear el símbolo del movimiento.⁴

George Hogg conoció a Rewi Alley a través del Obispo Roots, y posteriormente Hogg se presentó en las oficinas de Alley para pedirle permiso para escribir un artículo sobre el movimiento de las CIC para United Press.

George pasó gran parte del año basado en Hankow, donde trabajaba como corresponsal y aprendió chino. En la introducción al libro de Hogg⁵, Alley describió lo que ocurrió después:

“Cuando los japoneses se acercaron a Hankow en octubre de 1938, me marché a Shensi y él, tras esperar la caída de la ciudad, partió hacia el este en un avión japonés a Shanghai. La imagen mental que tengo de él es la de un joven gigante corpulento vestido con camisa, pantalones cortos y sandalias de paja, con el aspecto de un delantero de rugby.

No supe nada de él durante un año, hasta que recibí una carta de la base noroeste de las CIC en Paochi. Había viajado

⁴ A Evans Carlson, un oficial de la marina estadounidense en China, le gustó el slogan y se lo apropió para el Segundo Batallón de Asalto en 1942.

⁵ *I See a New China*, por George Hogg. Little, Brown. Boston 1944

desde Shangai por Japón, Corea y Manchuria hacia el norte de China, y había logrado salir de Peiping para unirse a las guerrillas. Tras varios meses de retraso causados por el tifus, las inundaciones y una de las primeras grandes campañas de ‘limpieza’ japonesas lanzadas contra las guerrillas, había bajado a pie cruzando los frentes hasta la China Libre y estaba trabajando de secretario para Lu Kuang-Mien, director de la obra que promovía las cooperativas industriales en los frentes”.

George narra sus experiencias durante esos meses en los primeros capítulos de *I See a New China*, comenzando con el relato de cómo enfermó de tifus al poco de marcharse de Pekín. Estuvo bajo los cuidados de una joven enfermera neozelandesa, Kathleen Hall, una misionera que le llevó en carreta –y cuando las carreteras eran demasiado empinadas– en burro a su hospital rural de Hopei, donde despertó tres semanas más tarde.

Mientras seguía convaleciente recibió una invitación del comandante de una de las guerrillas, Nieh Jung-Chen, para que le visitara en una base situada en el oeste. Ahí empezó la odisea, llevada a cabo principalmente a caballo, hacia el noroeste, durante la cual se encontró con soldados y oficiales, activistas estudiantiles y cautivos japoneses, e incluso

Zhu De, el militar a veces citado como responsable de ganar la guerra contra los japoneses y el Kuomintang para Mao. En cierto momento, en pleno campo, George también se encontró con un par de ingleses de su edad, Ralph Lapwood y Michael Lindsay⁶ ambos profesores de la Universidad de Yenching. Decidieron que era hora de volver a la civilización, pero el viaje acabó siendo una ardua empresa interminable (debido a los rodeos que hubieron de dar para evitar a las tropas japoneses). Kilómetro tras kilómetro, “Pensábamos en cualquier cosa menos en las ampollas, el estreñimiento, en dormir y la distancia que quedaba por recorrer. Nos

QuickTime™ and a
TIFF (Uncompressed) decompressor
are needed to see this picture.

Kathleen Hall

QuickTime™ and a
TIFF (LZW) decompressor
are needed to see this picture.

Zhu De

⁶ Michael Lindsay (Lord Lindsay de Birker) viajó a China en 1937 para trabajar de profesor en la Universidad Yenching en el Beijing japonés. Se casó con Li Hsiao-li, hija de un coronel del ejército chino de caudillos. Al enterarse de la noticia de Pearl Harbor en la radio, escapó con su esposa y se unió al ejército comunista chino en la que luchó contra los japoneses como consejero técnico del departamento de comunicaciones. (Biografía de Book World) Michael Lindsay murió en 1994

volvimos cada vez más británicos”, dice. “Por el camino hablamos del tiempo o comentábamos las vistas”. Y se contaban cosas de sus respectivas universidades (Oxford y Cambridge): el padre de Michael Lindsay era el famoso director de izquierdas de Balliol en la época.

Consiguieron llegar a Tongchuan y desde allí siguieron en tren hasta Xian donde pudieron dormir al fin en un hotel. Se despertaron sobresaltados por una alarma antiaérea y tuvieron que refugiarse en un túnel en los muros de la ciudad.

Tras las alarmas y los bombardeos, “todos los que pudieron” se marcharon de Xian, y George se marchó con el éxodo. Partió hacia el oeste a la estación de ferrocarril de Paochi, un pueblo lleno de refugiados, donde trabajó de “secretario de relaciones internacionales” para la base noroeste de las CIC. Recibió una insignia “Gung Ho”, y con su primer sueldo se compró “una corbata, una tetera, un edredón de tela cooperativa” y se instaló en una minúscula habitación. Desde Paochi viajaba recogiendo informes sobre las operaciones de las cooperativas en las zonas aledañas, a veces realizando viajes de ida y vuelta de cientos de kilómetros. Además de estudiar el funcionamiento de las cooperativas esquivó bombardeos y estudió las tácticas japonesas. Vio inundaciones, hambruna y pestilencia. Sus primeros artículos estaban marcados por la idealización que las nobles masas encuentran en los escritos de Show y Smedley entre otros, dado que comenta que un día al despertarse se dio cuenta de que “realmente era así, y que la gente era muchísimo más heroica, aunque sin presumir de ello, de lo que ni yo ni nadie hayamos dicho jamás”.

En aquella época, George era amigo de un joven chino-americano al que llama Bong (aunque en realidad se llamaba S.H. Jeung). La familia de Bong en California le había mandado a China a buscar esposa, pero cuando Bong conoció a su futura mujer, huyó y se alistó en el ejército chino. Directo y polémico, no tardó en meterse en problemas y fue denunciado en múltiples ocasiones por espía o por comunista. Cuando supo que había un extranjero en Paochi, condujo hasta la ciudad y encontró a George. Al enterarse de su historia, George le dio viejas copias de Readers Digest que Bong devoró ansioso. George intentó ponerse en contacto con la familia de Bong, pero éste desapareció antes de que pudieran hacer nada por él, y mucho después supo que el padre de Bong le había enviado dinero para volver a casa.

“Le tenía mucho cariño a Bong. Ambos éramos occidentales, teníamos la misma actitud hacia la vida, ambos habíamos estado viviendo con los chinos, pero mientras que él sólo conocía el duro lado de una antigua civilización, yo había vivido con gente que intentaba construir algo nuevo. Las cartas

que nos enviaban nuestros familiares también eran diferentes. A mí nadie me decía “El buen queso no se usa para cazar ratones, y los jóvenes de buena familia no trabajan como secretarios”. Todo lo contrario, de hecho hasta me abrumaba que siempre estuvieran felicitándome por estar ‘colaborando en uno de los experimentos más fructíferos y constructivos del mundo actual...’”⁷

En 1941, Rewi Alley, en consultas con las CIC, montó un internado en Shuangshipu, en el noroeste de China. “El objetivo del colegio era acoger a chavales de las cooperativas, enseñarles a leer y a escribir, darles formación básica sobre temas técnicos y dibujo industrial, y devolverles a las cooperativas”.⁸ Al principio George simplemente visitaba frecuentemente el colegio, escribía informes y hacía fotos para recaudar fondos para la escuela, como parte de su trabajo con las CIC. Pero las cosas no iban tan bien como deberían, y tras la dimisión del octavo director, George fue nombrado su sucesor y aceptó el reto encantado: “Como creador de los planes e informes que se habían difundido sobre los colegios, escritos siempre subrayando lo que podrían llegar a ser, tenía cierta autoridad sobre la material. De todas formas, me lo tomé como un reto. Me gustó la idea de intentar hacer algo por mí mismo, tras pasarme tres años informando sobre el trabajo ajeno”.

La vida no fue fácil en la escuela de Shuangshipu. Rewi Alley vivía en una cueva con un preciado pedazo de cristal sobre una ventana de papel. Sus dependencias estaban siempre llenas de chavales para quienes su casa hacía las veces de cuarto de juegos... y de pulgas. En realidad, estuvo sumido en el caos hasta que George se puso al mando. George blanqueó la cueva de Alley, exterminó a las pulgas y organizó el colegio. Instauró un horario que comenzaba con gimnasia y un baño diario en el río. Además de ir a clase, los chicos estaban divididos en grupos de trabajo que se encargaban de mejorar las instalaciones del colegio, y en equipos escolares para mejorar la auto-disciplina y los ‘asuntos personales’.

Su tarea como director se combinaba con la de médico. “Más de la mitad de los estudiantes pensaban que era normal tener piojos”, escribió George. También tuvo casos de sarna, tracoma, disentería y malaria.

Además estaban los problemas de convivencia, dado que los chavales provenían de todos los estratos sociales: había estudiantes procedentes de las zonas más rurales y atrasadas hasta pijos de familias urbanas que estaban

⁷ *I See a New China* p 64

⁸ *I See a New China* p 171

‘pasando por un bache económico’ y consideraban a los chavales del noroeste unos paletos. Pero el otro slogan de las CIC era “Yo Banfa!” –“¡Se puede conseguir!”– y George, conocido ya como “Ho-Ke”, logró que los chavales convivieran pacíficamente.

Rewi Alley fue despedido de las CIC en 1942 tras meses de lucha con el gobierno de Chungking (los nacionalistas). Comenzó con una propuesta del Kuomintang de que una parte de los fondos estadounidenses enviados a las CIC (una suma considerable) se destinara a mejorar los suelos de los burócratas en Chungking, y acabó convirtiéndose en una lucha abierta en la que la agencia recaudadora estadounidense fue denunciada por ‘imperialista’ y el Kuomintang acusó a los trabajadores de pasar oro a las mafias chinas. Entretanto, el propio Alley se convirtió en un nombre conocido en Estados Unidos, cosa que sus enemigos utilizaron para declarar que las CIC eran “antichinas”. Al poco de recibir su carta de despido, Alley se marchó a librar su batalla con los burócratas del Chungking y George se quedó a cargo del colegio.

Tras la marcha de Alley, a George comenzaron a asaltarle las dudas: “las posibilidades de llevar una vida útil y provechosa en Shuangshipu parecían poco probables. Debería estar en casa trabajando de bombero o en Alemania en un bombardero”. No obstante se quedó en China y más tarde escribiría que las batallas por las que él y Alley lucharon en el colegio estaban relacionadas con la lucha mundial contra las codiciosas fuerzas opresoras.

Alley dejó las CIC para siempre, pero había montado otras escuelas “Baillie” (bautizadas en honor a un misionero que compartía sus ideales sobre la educación en China) y viajaba de colegio en colegio, supervisando su desarrollo. George seguía trabajando de director en Shuangshipu y escribió un libro sobre el movimiento de las cooperativas en su tiempo libre. Consiguió sacar el libro de China y una editorial de Boston, Little, Brown, lo compró en 1943 (para publicarlo posteriormente en 1944). La escuela también avanzaba a toda vela.

Para entonces George había adoptado a cuatro niños chinos: Lao Yi, Lao Er, Lao San y Lao Ssu (el más joven, casi un bebé), y comenzó a trabajar en su segundo libro.

Tras seis años en China, George Hogg tenía muy claras sus opiniones sobre su país de adopción. Estaba enamorado de China y de los chinos, pero desconfiaba de la nueva corriente de jóvenes intelectuales chinos quienes a menudo trataban con desprecio a los campesinos pobres y analfabetos, y que solían creer que ayudar a la población rural era una pérdida de tiempo. “El

hierro bueno no se usa para hacer clavos”, era uno de los dichos favoritos de los intelectuales. Uno de los estudiantes de Shuangshipu, que procedía de una familia de clase media, falsificó un cheque de 60.000 dólares chinos a cuenta de la escuela Baillie para comprar instrumentos de música. George le hizo firmar una confesión, pero no le impuso ningún otro castigo. “Sabía que, en China, por ahora no van a prisión los hijos de buena familia, a no ser que hayan tenido tan mala suerte o sean tan estúpidos como para ofender a alguien de las altas esferas”.

A George le preocupaba mucho la brecha abierta tras la revolución de 1911, que había derrocado las viejas costumbres chinas sin establecer nuevas normas. En su opinión, elementos tan característicos de la cultura china como la importancia de la tradición se habían perdido con la desaparición de las comunidades rurales estables. “Sólo los campesinos son honestos, porque son los únicos que se sienten un vínculo para con la tierra que los vio nacer”.

No obstante, también veía en esta juventud un enorme potencial para la bondad, y escribió que cuando hubo que luchar en la guerra de guerrillas contra Japón “basada en la lucha y las acciones descentralizadas, esa misma juventud demostró ser capaz de trabajar bajo condiciones de penurias prolongadas tales que hubieran acabado con cualquier otro grupo de intelectuales del mundo”.

La guerra se acercaba. Un día un grupo de chavales llegó al colegio diciendo que la carretera de Paochi estaba llena de reclutas muertos, y cuando George preguntó de qué habían fallecido, el médico local le contestó: “De hambre”. El médico quería marcharse de Shuangshipu: demasiados reclutas hambrientos, demasiados burócratas que querían que sus familias fueran atendidas antes que los soldados moribundos. No llegaban suficientes abastecimientos del gobierno nacionalista. George documentó dichos problemas en el libro que había comenzado a escribir.

Se decidió que debían trasladar el colegio, para alejar a los escolares y a los profesores de la guerra. Las tropas japonesas seguían avanzando, y el Kuomintang comenzaba a lanzar miradas codiciosas hacia los edificios que albergaban la escuela: podían utilizarlos como bases militares si el ejército tuviera que evacuar Xian. Alley puso a George al mando de la marcha: no solo tenía que trasladar a los estudiantes, sino también desmontar, embalar y transportar su preciada maquinaria y herramientas. Rewi también le había dicho que se llevara los manzanos, las cabras y a un refugiado lisiado que hacía las veces de *amah* para los más jóvenes. También había dos “bebés”: los hijos adoptivos de George, de cinco y siete años.

George supervisó las tareas de embalaje: se llevaban un equipo de máquinas tricotoras llamado *Ghosh* para el que eran necesarios quince cajones enormes, un torno, un motor de camión, dos motores diesel pequeños y cuatro telares grandes. Dado que sólo tenía una carreta, tuvieron que construir más. Los escolares pusieron en práctica la formación que habían recibido y montaron y probaron el equipo, haciendo esquemas de la maquinaria para poder montarla rápidamente de nuevo a su llegada a Shandan.

A pesar de tener carretas y también camiones, se desplazaban muy lentamente. Les llevó cinco días atravesar 57 kilómetros en las montañas. “Era la peor época del año”, escribió George más tarde. “Cruzamos las cimas de las montañas durante el invierno más frío desde hacía veinte años”. El viaje les llevó casi cuatro meses.

Al llegar a Shandan no tardaron en poner a punto tanto el colegio como la maquinaria, y a George quedó muy contento con lo que encontró en el pueblo. Erigieron talleres y llegaron a un acuerdo con los habitantes de la aldea: el generador del colegio podía proporcionar electricidad para todo el pueblo si el pueblo les daba carbón gratis. Plantaron huertos e hicieron una cancha de baloncesto.

En Shandan George entabló amistad con Joseph Needham, un erudito inglés especialista en cultura china que trabajaba cerca de Shandan (y que acabaría supervisando la creación de muchos de los magistrales tomos de “Science and Civilization in Ancient China” [Ciencia y civilización de la antigua China]). George escribió a su tía Muriel para recomendarle alguno de los libros de Needham –y para pedirle que ella y su hermana Doris fueran a visitarle. “Decía que su puerta principal daba a Mongolia y la trasera al Tibet, y que por qué no íbamos Doris y yo a visitarles. Y que si íbamos, que lleváramos mucha miel y que dijéramos que era veneno porque si no, no llegaría”.⁹



Dos semanas más tarde, Muriel recibió un telegrama informándole de la muerte de George.

Rewi Alley dijo que durante un partido de baloncesto George se hizo una herida en un dedo del pie y que el *tetanus bacillus* de la tierra se le metió en el corte. El sistema inmunológico de George estaba muy debilitado. Desde que

llegó a China había pasado la malaria, el tifus, la fiebre paratifoidea, el tracoma, la influenza y el ántrax, entre otras enfermedades potencialmente letales. Siempre estaba activo y era de naturaleza jovial, pero su constitución se había debilitado a causa de la enfermedad, el agotamiento y una dieta pobre.

Al principio pensaron que era gripe y la enfermedad avanzó lentamente, como suele ser el caso. George se sentía mal y un poco cansado, pero acabó su segundo libro. Le mandó el manuscrito a un amigo en Chungking, sin que Alley hubiera leído el último capítulo, así que George le dejó una copia. Tras leerlo, Alley pensó que si se publicaba con dicho capítulo el Kuomintang obligaría a George a abandonar Shandan debido a su crítica política, cosa que apenó a George. Pero el manuscrito ya estaba en el correo y ya no había nada que hacer.¹⁰

Un par de semanas después aparecieron los indiscutibles síntomas del tétanos. Murió el 22 de julio de 1945 y su tumba fue cavada por los estudiantes. Durante mucho tiempo sus dos hijos adoptivos menores, Lao San y Lao Ssu, visitaban su tumba cada mañana, y le llevaban la comida que más le gustaba. De mayor, Lao Ssu escribió sobre las últimas semanas de George, pero sus palabras nunca se han traducido al inglés.

Rewi Alley se encargó del colegio Baillie de Shandan y estuvo al frente hasta que el gobierno chino lo trasladó a Lanzhou en 1952 para fundirlo con otro colegio establecido allí. Alley vivió en China hasta su muerte, aunque viajó al extranjero en algunas ocasiones, y fue criticado por su apoyo incondicional al gobierno chino comunista durante los peores días del Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural. A pesar de que cayó en desgracia durante un breve periodo durante la Revolución Cultural, murió siendo un reconocido ‘amigo de China’.

En 1967 Rewi Alley publicó una biografía de George Hogg titulada *Fruition*, escrita en colaboración con las familias Hogg y Lester, que le dieron copias de las cartas tan largas e informativas que GH les escribía.

A los ochenta años, Alley propuso un nuevo plan para un nuevo colegio Baillie en Shandan para satisfacer las necesidades de la remota región. Con la ayuda del gobierno provincial de Gansu y con donaciones extranjeras, el colegio se construyó y abrió en abril de 1987. Rewi Alley murió ocho meses

¹⁰ De hecho, el manuscrito, exceptuando la copia del capítulo cinco en poder de Alley nunca llegó a Chungking, y Alley sospechaba que fue interceptado por los agentes nacionalistas. Alley volvió a leer el capítulo cinco tras la muerte de George y pensó que algunas de las páginas eran demasiado peligrosas, dado que los nacionalistas siempre amenazaban con hacer una redada en el colegio. Quemó las páginas peliagudas y guardó una versión reducida del capítulo. (*Fruition*, pp 92-93)

más tarde en Beijing, a los 90 años. Él y George Hogg están enterrados en tumbas contiguas en Shandan, dentro de la parcela del colegio.

Extraído de una carta que George Hogg escribió a su familia alrededor de 1941. Citado por Rewi Alley en Fruition.

“Las cosas malas pasan en todas partes, y aquí también, desde luego, pero el mundo sigue girando. Errasteis al enseñarnos que de la guerra nunca sale nada bueno. A veces sí, a veces puede beneficiar a muchos. Claro está que no sé si se esto hace que todo lo demás merezca la pena, todo depende del espíritu con el que se realicen las cosas, y ahí el pacifista queda muy mal porque tras lavarse las manos del asunto no le queda mucho por decir. ¿O sí? Aquí no hay pacifistas así que no puedo saberlo, pero me gustaría saber qué pensáis vosotros. Quizá os resulte difícil cambiar de opinión tras todo lo que habéis vivido. Creo que vuestra ideología y la de la tía Muriel fueron la correcta para la anterior guerra, pero los tiempos cambian y los principios deberían cambiar con ellos. Al igual que ocurre en el mundo científico, los principios ataño considerados infalibles se desarrollan para dar forma a un principio todavía más importante que se encuentra más allá del primero. Por tanto, siempre hay que estar dispuesto a actuar siguiendo el principio que nos parece más acertado, pero, de igual manera, también hay que estar siempre dispuesto a mirar más allá”.

